# LA OPINION

PERIODICO DEPARTAMENTAL

Editor-propietario: JERARDO BESOAIN

Calle de San José Núm. 350—Casilla 81

AÑO III — San Bernardo (Chile) Sabado 6 de Noviembre de 1915 — Num. 260

## Sra. Juana Alcaino v. de Rejas

### Heroina de la guerra del 79

### Completamente ciega a consecuencia de una enfermedad contraida en esa campaña.

Damos a continuacion la siguiente carta dirijida al respetable doctor don Santiago Mac-Lean por el intelijente Coronel de Ejército señor Manuel Moore Bravo.

«Santiago, 25 de Octubre de 1915.

«Manuel Moore Bravo, saluda atentamente al distinguido amigo Doctor don Santiago Mac-Lean y le ruega formarle, en esa, algun recurso o mesada entre los amigos y sus relaciones, a la pobre ciega Juana Alcaino v. de Rejas. Ella reside en la calle Eyzaguirre frente al Seminario.

«Esta buena y honrada mujer fué esposa del sarjento 1.° del Batallon Victoria Roque Rejas. Siguió a su marido en toda la campaña de Lima y se encontró en Chorrillos y Miraflores.

«Desempeñó el papel de cantinera atendiendo a los enfermos en las marchas y en el campamento. En el campo de batalla secundó las tareas de la ambulancia socorriendo a los heridos; y para con los moribundos hizo las funciones de una verdadera monja de caridad.

«Yo era oficial del mismo cuerpo y de la misma compañía a que pertenecia su esposo. El Victoria fué organizado en esa progresista ciudad con oficiales y tropa de San Bernardo. Justo es que la ciudad haga algun esfuerzo por una reliquia como la Juana que se encuentra enteramente ciega, en la mayor miseria y al estremo de tener que mendigar el sustento diario!

«Sus servicios fueron tan importantes como los de cualesquier soldado. Con una abnegacion digna del mayor encomio siguió a su esposo a todas partes y antes y despues de las batallas ella ayudaba a todo el mundo, principalmente a los heridos. Era mui querida del Batallon. Los soldados la llamaban cariñosamente mi madrecita.

«Saludos fraternales a los amigos de esa. Disponga de él en lo que desee.»

---

No se puede dudar que el llamado que hace el benemérito Coronel de nuestro Ejército señor Moore, por intermedio del filántropo doctor don Santiago Mac-Lean, ha de tener una favorable acojida en la sociedad entera y pueblo de San Bernardo.

La palabra autorizada y sincera de un jefe tan prestijioso como el señor Coronel Moore, nos deja en el ánimo la impresion penosísima de que la patria, a veces, tambien olvida a los humildes que la han servido con desinteres y abnegacion en la hora del peligro, en esa hora oportuna en que se juega el porvenir de una nacion en guerra internacional.

La señora Alcaino que tuvo el alto y honroso honor de ser incluida—por ley del Congreso Nacional—entre los que habian merecido bien de la patria y comprometido la gratitud nacional, se le vé ahora recorrer las calles de esta ciudad—guiada por un niño—implorando la caridad pública y pidiendo una bendita limosna por amor a Dios!

Ella que espuso su vida en dos acciones de guerra, que soportó el hambre, la sed y el cansancio en las marchas forzadas por la quemante arena de los desiertos del norte; y que sus ojos tuvieron la suerte de ver los primeros destellos que cruzaron el espacio—cuando aun no clareaba el dia—al iniciarse la memorable jornada del 13 de Enero de 1881; hoi se encuentra abandonada a su propia suerte, entregada a las inclemencias del tiempo, al furor del infortunio, al egoismo de sus semejantes y sin que en sus ojos brille la claridad del dia!

Por necesidad pide limosna esta heroica y valerosa mujer que acompañó a su marido hasta los campos de batalla impulsada por la constancia y la enerjia que caracterizan a su raza.

Si el Estado le concediera una pequeña pension de gracia no se veria en la necesidad de pedir limosna para poderse alimentar. Pasaria feliz y agradecida el poco resto de vida que pueda quedarle. Por mui grande que sea la crisis económica que grava al Erario Público, no le harian ningun efecto unos cuantos pesos mensuales dados con oportunidad a una pobre ciega que sirvió leal y abnegadamente a su patria.

Otra heroina, la Candelaria Perez o sea la sarjento Çandelaria, que tan brillante actuacion tuvo tambien en el Perú durante la Espedicion Restauradora del año 39; el Supremo Gobierno de aquel tiempo le concedió una pension mensual vitalicia de diez y siete pesos de 48 peniques.

Da verdadera pena pensar solamente en ese abandono que mata, quizás en el corazon del pueblo, el amor al suelo patrio, obligado como se vé, dia a dia, a medrar por un pan para no morirse de hambre y a contemplar impasible la ingratitud de los grandes para con ese pueblo, en cuyo seno viven tambien y vejetan miserablemente, los que en el caracter de carne de cañon, lucharon denodadamente en defensa del honor y la integridad de la Nacion.

Se olvida a unos por falta de influencias o de empeños. En cambio, se proteje y ampara a cualquier ganapan callejero y hasta se le rodea de consideraciones y respetos.

Se ha querido a veces velar la enorme injusticia y amarga ingratitud con propósitos de efímeras ofertas de ayuda y proteccion a los veteranos de la guerra del Pacífico—nos referimos a los que fueron individuos de tropa y que no reciben sueldo o pension fiscal—pero todo no ha pasado de proyectos que nunca se han cumplido, ni aun aquellos decretos como el que dá preferencia para ocupar los puestos públicos de la Nacion en igualdad de competencia y preparacion. Hace pocos años se dió a esos mismos veteranos unos bonos, cuyo valor intrínsico no permitia ninguna ventaja y la mayor parte fueron a parar a las manos de ajiotistas adinerados, para los que representaba un valor seguro y quienes vinieron a ser los usufructuarios de su sudor y de sus penas.

Se pretende mantener incólume é inalterable en el corazon del pueblo, de la gran masa popular el amor al suelo que lo vió nacer. Se quema incienso y se halaga la idea de independencia que cada ciudadano tiene por su patria y por su hogar. Se inculca al niño en la Escuela el sentimiento nobilísimo del patriotismo y se le enseña la historia de la patria. Pero, en los tiempos que corren, tiempos de absoluto interes práctico, en que cada hombre ha aprendido a mirar antes que